

Cultura, subculturas, contracultura en la era del vacío

Desde el romanticismo ha venido ganando terreno la idea de que existe, más allá de la opresiva y constreñida cultura oficial y hegemónica, otra cultura y, aunque esto no haya sido sino otra ilusión más con la que subvertir el problema de la insatisfacción identitaria que nos acompaña en tanto seres sociales, bien es verdad que esa ilusión es la que ha dado existencia real a las subculturas en tanto imaginarios, artefactos y conductas donde se han expresado las contradicciones que permanecen ocultas o sin resolver en nuestra sociedad.

Hemos apelado a las subculturas como imaginarios, pero imaginarios que se despliegan sobre un campo de batalla concreto, la ciudad, y que cobran materialidad desde la integración de elementos escogidos de las más heterogéneas fuentes, aunque su visibilización última tiene algo de espurio, pues no

se efectúa hasta que el sector marginante lo decide y, cuando esto sucede, sus medios se encargan de exagerar las expresiones subculturales, arrojándolas hacia lo extremo y lo espectacular donde son devoradas por lo inadmisibile a la vez que la industria del consumo se dispone a fabricar su propia versión blanda y digerible de los fetiches contraculturales. La subcultura de la disidencia es transformada en subcultura de consumo.

Así, las primeras noticias que tenemos de los *teddy boys*, los *rockers*, los *mods*, los *hippies* o los *punks* están relacionadas con el orden público, la delincuencia y las drogas, apelando con ello a uno de los escarmentos socialmente más temidos: la criminalización y la exclusión. Su objetivo, anularlos en tanto subculturas para, a continuación, reinventarlas, falsificarlas y, sobre todo, hacerlas tan inocuas como rentables. O dicho de otra forma, primero se les ejecuta y después se les saquea.

El sistema no sólo explota a los sectores más desfavorecidos extrayéndoles una plusvalía económica, sino que también les extrae una plusvalía cultural que les devuelve, neutralizada, convertida en mercancía, sólo apta para generar ganancias.

Los que fueron capaces de sobreponerse a esta construcción interesada del fenómeno contracultural descubrieron, en medio de un mundo al borde del colapso nuclear, que había otras formas de estar en el mundo y que el mundo se podía habitar y vivir de otra manera. Dando cauce a la rebeldía, se autoexi-

gieron vivir intensa y realmente sin dejar que sus vidas fueran consumidas por el espectáculo. Su luz guiará a otros en medio de la noche en un mundo cosificado, su sentido de lo grupal ayudará a otros a sobreponerse al aislamiento y la soledad, sus ejemplos manifestarán que las alternativas siempre están ahí, aunque sean rápidamente clausuradas por el sistema. En definitiva que, como cantaban los Jefferson Airplane, cuando encuentras que la verdad es mentira, cuando las flores del jardín están muertas y tu mente llena de miedo, necesitas encontrar a alguien a quien amar, aunque es difícil encontrar alguien a quien amar.

La industria cultural y el sistema social lejos de reprimir y extirpar estas tendencias no sólo las consintieron sino que las fomentaron porque, dada su insignificancia numérica, no amenazaban el orden establecido, dada su composición, quedaba reducido a un problema generacional y dada su necesidad de circulación constante de productos y fetiches, nada mejor que animar a estos laboratorios juveniles de producción de ideas, música, peinados, vehículos, ropa, libros, películas, posters, bebidas, etc, que, convenientemente plastificadas, después podrán ser puestas a la venta en el mercado de lo masivo.

En los lapsos de tiempo que transcurren entre la construcción de alternativas al sistema y la mercantilización de sus fetiches y sus hallazgos, florece la contracultura, allí se expresan sus formas de organización, sus formas de relación social comunitaria, sus medios de expresión y sus redes de distribu-

ción. *Teddies, mods, rockers, hippies, yippies, freakes, punks...* Bajo diferentes ropajes, pero sobre un fondo común hecho de disidencia frente a la cultura oficial, escasez material y amor por la música y las drogas todos han buscado lo mismo: escapar de la alienación de la vida cotidiana, del derrumbe vital y del soberano aburrimiento.

Desde el *spleen* de París, en el siglo XIX y su corte de bohemios sería fácil establecer una genealogía de la disidencia, muchas veces escamoteada por el espectáculo como vanguardia artística, que viene a desembocar, tras la II Guerra Mundial y la percepción del mundo como catástrofe, en el *hipster* americano, un individuo que prefiere mantenerse al margen de la euforia post-bélica, solitario, desarraigado, pacifista, amante del jazz y la marihuana, que realiza pequeños trabajos esporádicos para sobrevivir y practica una suerte de nomadismo vital luego mitificado y embellecido por sus predecesores los *beat* y sus seguidores, los *beatnik*. Hasta aquí estamos ante sujetos que parten a vivir la aventura de su propia vida sin mapa ni brújula, dentro de un proyecto de revolución individual que reivindica el derecho a la pereza, a la vida indolente y sin prisas; un proyecto que se opone a la producción capitalista, al trabajo agotador y al consumismo alienante.

De las actitudes y las poses individuales de mediados de los años cuarenta, estereotipadas, estetizadas y mistificadas por los *beat*, encontramos, a finales de los años cincuenta, en pleno terror nuclear, una verdadera eclosión del fenómeno, los *beatnik* se reproducen

por contagio existencial hasta que la buena sociedad empieza a percibirlos como una amenaza que erradicar, comenzando entonces su demonización a través de los medios, identificando la figura del beatnik como antiamericano, holgazán y delincuente.

Tanto en el *hipster* como en el *beatnik*, la crítica al estado de las cosas fue más existencial que política, al menos en el sentido fuerte de la palabra. Serán sus descendientes los *hippies*, los que imprimirán, desde mediados de los sesenta, el sello del izquierdismo militante a sus acciones, con la construcción no ya de una alternativa personal a la de la sociedad adocenada sino de un proyecto social comunitario que se traducirá en la aparición de centros sociales autogestionados, cooperativas, casas ocupadas, comunas, escuelas libres, comedores populares, ambulatorios, radios piratas, periódicos, cómics, editoriales alternativas, festivales, etc.

La disidencia personal dejó así paso a las estructuras de poder alternativas, algunas de las cuales, como los Diggers, los Yippies o los Panteras Negras en Estados Unidos; la Internacional Situacionista y los Provos holandeses en Europa, se plantearon subvertir colectivamente la manera de sobrevivir a la ciudad.

Alejados de las reivindicaciones obreras tradicionales, cada grupo experimentó a su manera la subjetividad rebelde y la acción directa, bien concentrando sus fuerzas en prácticas de terrorismo cultural, como The Mother Fuckers, The Merry Pranksters, o The Weatherman Underground, bien creando partidos

fantasmas que ponían en ridículo el modelo político burgués como los *yippies*, bien organizando fuerzas paramilitares de autodefensa y ayuda mutua para las minorías discriminadas como los Panteras Negras, los Brown Berets, los Young Lords o el American Indian Movement, o bien, como los Diggers de San Francisco, concentrándose en pequeñas comunas con la finalidad de construir espacios autónomos, con una vida al margen y en contra de las instituciones, celebrando la alegría de vivir y el placer subyacente en la generosidad, el compañerismo y las relaciones fraternales.

Acaso fueran estos últimos, los Diggers, los que fueron más lejos en la construcción de una comunidad radical basada en elementales normas de conducta anticapitalista. Sin sentirse vanguardia de nada, hicieron realidad el «Paz y Amor» antes de que la consigna se convirtiera en una parida. Estos grupos, que vivían como pensaban, liberando espacios, bienes y servicios, aboliendo la autoridad y generalizando el don, hicieron realidad el que toda actividad humana fuese gratuita: comedores, tiendas de ropa, ambulatorios, colegios... Su particular pedagogía de la revolución no tenía parangón en ningún otro sitio.

En el tiempo de la política como simulacro, ninguno de ellos ofreció una nueva ideología de la que servirse, sino una teoría de la sociedad de clases que para ser aprehendida tenía que vivirse y practicarse. Contra el consumismo adoptaron el ascetismo, contra la represión sexual la orgía, contra la competitividad

la deserción, contra la violencia institucional la autodefensa. En definitiva, sus prácticas alternativas al capitalismo y a las formas de vida burguesas les llevaron a convertirse en un peligroso ejemplo, de ahí que todos ellos fueran rápidamente criminalizados y puestos fuera de circulación mientras los aparatos culturales del sistema se apropiaban de sus símbolos e invertían su significado para convertirlos en mercancía, señal de estatus y espectáculo. En sus últimas acciones (1967), tanto los Provos holandeses como los Diggers, realizan un entierro alegórico de sus respectivos movimientos, repudiando un sistema que les ha arrebatado sus símbolos y los ha desprovisto de poder subversivo. Otros grupos fueron asimilados, incorporándose sus reivindicaciones a los programas políticos de la izquierda parlamentaria, como la National Organization of Women, de signo feminista o los diversos grupúsculos del movimiento gay; y finalmente, otros como las Black Panthers, The Mother Fuckers, The Weathermen en los Estados Unidos o la Angry Brigade en Inglaterra, radicalizarán sus posturas hasta convertirse en lo que los medios de comunicación habían rotulado tiempo atrás: terroristas.

¿Por qué nos temen tanto cuando somos tan pocos?

La pregunta también se podría formular a la inversa. ¿Por qué hay tanta gente que acata el sistema? La

verdad es que si tratamos esta cuestión desde un punto de vista cuantitativo el problema se disipa. ¿De cuántos disidentes estamos hablando? Unos cientos en los años cincuenta, unos cientos de miles en los sesenta, unos miles en los setenta. ¿Por qué entonces la sociedad rechaza con tanta furia estos comportamientos alternativos? ¿Qué son trescientos *punkies* en el Londres de 1976? ¿Por qué entonces tanta inquietud?

Pero volvamos a los años inmediatamente posteriores a la II Guerra Mundial porque es entonces cuando el capitalismo inventa en los países ricos la figura del adolescente como etapa psicosocial. Jóvenes que también por primera vez tenían dinero para gastar dentro de la sociedad cosificada en la que se sentían presos y de la que eran presa. Allí empezaron a buscar algo que pudieran hacer suyo, que definiera su identidad como grupo, generando así imaginarios desviados que luego fueron apropiados por la cultura de masas para, a continuación, abarrotar los escaparates de objetos especialmente dirigidos a ellos.

El Pop fue el propio objeto de consumo que la industria del ocio les vendió a los jóvenes y que ellos reconocieron como suyo, la cosificación del discurso ideológico que organizará las experiencias individuales y colectivas y que impondrá una percepción de la realidad acorde con los intereses de la industria cultural y los valores del capitalismo globalizado: despreocupación, hedonismo, optimismo, independencia y consumismo.

Será durante los años sesenta cuando se hagan perceptibles estas estrategias con la irrupción de un nuevo escenario global marcado por el consumo de masas entre las clases medias emergentes, a la par que la industria del disco descubrió en la música ligera el campo de pruebas sobre el que experimentar las posibilidades de internacionalización de sus productos.

Pero este negocio también desveló sus contrapesos, en principio no tan halagüeños. En 1956 los propietarios de cines se niegan a que la película homónima del *superhit Rock Around the Clock* de Bill Haley sea exhibida en sus salas. Los jóvenes *teddy boys* destrozan los locales tras el pase, rompiendo los asientos y bailando frenéticamente por toda la sala. Los *teddy boys*, con sus tupés de elefante engominado constituyen el primer movimiento organizado que se expande por los Estados Unidos y Gran Bretaña en esos años. Son la primera foto fija del adolescente incomprendido, extrañados frente a un mundo que Richard Hamilton proclama como diferente y atractivo, un mundo, el de los adultos, que no les gusta y al que se niegan a incorporarse. Lo que hasta entonces habían sido opciones personales de vida, como hemos aludido al hablar de los *hipsters*, ahora, gracias a los medios de difusión masivos, se transforman en auténticos movimientos sociales, en este caso, de signo conservador, machista, xenófobo y violento. Los *teddy boys*, con sus impecables trajes eduardinos, abren una senda que, por desgracia, tendrá otros cultivadores en las décadas siguientes:

los *rockers*, los ángeles del infierno, los chaquetas negras, los *skinheads* y los grupos neonazis.

Si los *teddy boys* son el reflejo del adolescente urbanita de clase trabajadora, en muchos casos con problemas de exclusión social y altos niveles de paro, los *mods* representarán la cara más amable de estos, la facción pequeñoburguesa del desencanto. Conservan el gusto por la indumentaria impecable pero su poder adquisitivo, generalmente fruto de sus trabajos en precario, les permite una integración en la sociedad de consumo que los *teddy boys* no conocieron. Con sus inseparables *lambrettas*, enfundados en sus parkas militares, recorren las calles de Londres y otras ciudades del sur de Inglaterra durante los fines de semana. Tienen sus lugares de encuentro en pubs y clubs privados, son compulsivos compradores de música y consumidores de anfetaminas, la única droga que les permite soportar un fin de semana de excesos tras una semana de duro y monótono trabajo.

Frente a ellos, los *rockers*, provenientes del proletariado pero alejados de su componente político, harán gala de una hipermasculinidad obtusa, machista y violenta, enfundarán vaqueros y chaquetas de cuero haciendo de esta ropa de trabajo su uniforme de campaña, dados a los excesos etílicos, son también obligados compradores de música rock y de motocicletas.

A su distinta extracción social y cultural, se unen sus aparentes diferencias como consumidores y sus hábitos de vida. Snobs, blandos y afeminados llamarán los *rockers* a los *mods*, identificándose ellos con el lado

más salvaje, rudo y masculino de la subcultura. Estos jóvenes, lejos de convertir su malestar en una fuerza con la que golpear una sociedad que ni les gusta ni comparten, se volverán contra ellos mismos, convirtiéndose en enemigos irreconciliables, dando lugar a las publicitadas peleas y enfrentamientos entre unos y otros. El malestar generacional, la precariedad laboral y la falta de horizontes se enmascararán como una lucha por la originalidad y la identidad en la que se consumirán ambos movimientos.

El primer cisma de los adolescentes con la sociedad de consumo tuvo que esperar a los *hippies* para que tuviera lugar. La extensión del estilo de vida *beatnik*, las búsquedas colectivas de nuevas formas de vida, su pacifismo militante, el descubrimiento de oriente, el chamanismo, la ambigüedad sexual, sus conflictivas relaciones con las ciudades, son parámetros que no se habían explorado antes, al menos de forma colectiva y menos por los jóvenes. Tan *sólo* cuando, a principios de los setenta, comprendan que es imposible huir a ninguna parte porque el capitalismo no tiene afueras, el movimiento *hippie* languidecerá.

Desde ellos, retrocediendo hacia los basureros, conscientes de que el mundo pareciera imposible de alegrar, de pintar, de sentir en beatitud, se entregarán los jóvenes a la decrepitud y la fealdad, habrá nacido entonces lo que unos años después será bautizado como el *punk*. No se rompe con el *punk* el discurso anticonsumista, al contrario, lejos de buscar nuevos caminos para el diseño de la vida cotidiana como ha-

bían hecho los *hippies* y que ellos constataban hasta qué punto habían sido copados por la industria, el *punk* se apropiará del exceso objetual, del stock de mercancías, de los sobrantes del mercado, de sus desperdicios. El *punk* también rescató al individuo de las garras de los santones y los gurús nacidos al calor del movimiento hippie, conservarán los rasgos antiautoritarios de aquel, pero sobre la base de un pensar autónomo, no dogmático, y defenderá el *make yourself* como liberación de la creatividad humana.

Pero una vez más, acaso porque ése sea el sentido de toda subcultura, jugar ese papel ambivalente en relación con la cultura que la acoge, lo que llamamos *punk* no ganará visibilidad y se transformará en un nuevo arquetipo hasta que un empresario, Malcom McLaren, encuentre a los jóvenes que después integrarán Sex Pistols en 1975. McLaren conocía la estética *trash* (basura) que desde principios de los setenta se estaba extendiendo por New York y otras ciudades de los Grandes Lagos a causa de la crisis económica, el desempleo y, sobre todo, de una plaga llamada heroína.

La heroína, introducida por la administración Nixon para acabar con la Nueva Izquierda americana y, de paso, con todo el movimiento contracultural de aquel país, estaba dando sus frutos, el movimiento *hippie* perdía color y vivacidad a medida que se introducía más y más en el pozo ciego del caballo. La imagen del *exhippie* pálido, demacrado, derrumbado, roto, cubierto de mierda, delgado hasta el extremo y errabundo por las calles de la gran manzana llamaron

la atención de MacLaren y fue tan sencillo como imitarlo y dotarlo de algunos toques para que pareciera más inglés. Tal vez por eso en los Sex Pistols hay tanto de buena fe como de monstruosidad, tanto de inocencia como de violencia verbal gratuita, tanto de cabaret dadaísta y de *performance fluxus* como de circo mediático perfectamente orquestado desde el *merchandising*.

Con los Sex Pistols la sociedad espectacular fijará ya para siempre la imagen del *punk*, obviando y ocultado bajo este producto etiquetado todo un movimiento caracterizado por las prácticas colectivistas, la agitación artística y cultural, y la revitalización del mensaje político anarquista. Frente ellos que se autoinmolarán tal y como mandan los cánones del estrellato del rock, grupos menos conocidos vivirán en granjas comunitarias y casas ocupadas, conforme a relaciones interpersonales cooperativas, manteniendo un considerable activismo a favor de los ideales anarquistas, manifestando con su trabajo su antimilitarismo y su defensa de los derechos civiles, la igualdad de género, los derechos de los animales y la conservación de la biosfera.

En este sentido la banda The Crass, puede considerarse el envés de lo que la industria cultural exigía del *punk*. The Crass se involucraron en la toma de una base de misiles en Italia junto a otra organización anti-armamentista, y boicotearon la guerra de las Malvinas llamando a sus compatriotas a la desertión del ejército. Crearon su propio estudio de grabación

en su granja colectivizada, origen del sello independiente CRASS Record, dieron a conocer a multitud de grupos rechazados por las discográficas convencionales, vendían sus discos a precio de coste, normalmente a la mitad de precio que los de las grandes compañías y abrieron una senda de autogestión que será imitada por otras compañías como Lollipop, GASA, Goldstein y otros grupos como Imán o, años después, Los Muertos de Cristo. Actitudes todas estas que ya habían tenido un precedente en The Almanac, un grupo de *folk* integrado por músicos anarcosindicalistas entre los que se encontraban Pete Seeger y Woody Guthrie que, a principios de los años cuarenta, se organizan para dar conciertos por todos los Estados Unidos, apoyando con sus canciones y recitales las reivindicaciones obreras, las huelgas, el movimiento por los derechos civiles, las luchas antifascistas, etc. The Almanac Singers vivían en una vivienda colectivizada en Greenwich Village (New York) y hacían vida comunal. Tachados de ideológicamente peligrosos, la persecución política por parte del Comité de Actividades Antiamericanas puso fin a esta experiencia en 1942.

Pero el *punk* llevó a los movimientos sociales alternativos de los setenta a un callejón sin salida. El *not future* era cierto, pues lo único que tenemos es el ahora y lo único que hay que hacer es apropiarse de ese ahora cada vez para hacer posible la revolución de la vida cotidiana. Todo lo demás es un completo fracaso, tanto personal como colectivo.

En España, por ejemplo, que con tanto retraso se incorpora a la escena contracultural, el carnaval libertario que se desata con la transición será rápidamente ordenando, reglamentado y mercantilizando. En 2008, bajo los auspicios de la Casa Real Monárgica, se celebró uno de los últimos homenajes a La Movida, con la presencia de Pedro Almodóvar, Alaska y Bibiana Andersen, entre otros. Festejando a esta, se pueden borrar las estrategias institucionales que destruyeron todas las demás, el cúmulo de las nuevas sociabilidades emergentes de aquellos años y los movimientos a que dieron lugar, como la Coordinadora de Presos en Lucha, Mujeres Libres, Asamblea de Mujeres, Frente de Liberación de la Mujer, Vindicación Feminista, el Front de Liberación Gay, La Prospe, Paideia, Los Ateneos o el renacer de la CNT tras las Jornadas Libertarias de Barcelona. Todos ellos se desplegaron, más allá de la lucha contra el post-franquismo y la seriedad y ambición trascendente de la izquierda clásica, como posibilidades colectivas de imaginar otra realidad y de vivir apasionadamente por materializarla, inventando nuevas cartografías para la revolución de la vida cotidiana.

Hoy, frente a ese callejón al que aludíamos más arriba, la ética del *punk* y las prácticas anarquistas continúa produciendo realidad, formas de relación e identidad, generando espacios, abriendo grietas y siendo consciente de que, aunque desde hace treinta años ha sido imposible avizorar ningún otro horizonte de liberación, una manera de hacer las cosas se

ha transmitido hacia otros dispositivos que continúan hoy la senda de la disidencia contracultural, floreciendo en esa suerte de subsuelo permanentemente recuperado, en ese no lugar donde pareciera que es posible seguir acumulando fuerzas y trabajando por la modificación del orden social establecido. Mientras eso ocurre, al menos al interior de estos agregados, se consolida un nuevo marco de relaciones sociales, valores y deseos, un nuevo sentido de lo común y de la vida cotidiana. Si sus voces no nos llegan con la claridad de antaño es, sencillamente, porque los medios de comunicación les han retirado el micrófono.

Frente a ellos, la lógica capitalista ha abierto sus avenidas a los jóvenes que, deshaciéndose de su mochila de ideales y renunciando a la política en un sentido fuerte, se han integrado social y culturalmente a través de una disidencia blanda, controlada y exhibida bajo catálogo. La hiperestetización y el *glamour* se han convertido en el único horizonte vital no ya de los jóvenes, sino de una sociedad que se niega a envejecer.

Convertido también el *punk* en mercancía, el *yippie* en *yuppie*, y privada la industria y la mercadotecnia de nuevas subculturas que devorar no le quedaba otra que abrazar la nostalgia y la añoranza y revolver en el cadáver de la historia. A partir de mediados de los setenta lo que vamos a encontrar dentro de las tendencias juveniles será *revival*, recuperación de un pasado heteróclito donde los fetiches se mezclan y remezclan entre sí como solución terapéutica al doloroso pro-

ceso de construcción de la personalidad de las nuevas generaciones. Ahora, el tupé grasiento convive con el *piercing* y las melenas combinan divinamente con los trajes italianos. Todo es susceptible de ser incorporado, sin estridencias, a la superficialidad de la cultura dominante.

Estereotipadas, autistas, efectistas, conformistas, homogéneas y pasivas, el triunfo de las subculturas de consumo no podría ser más completo: *new romantics*, *glams*, *grunges*, *emos*, góticos, *skatos*, pijos, *yuppies*, canis, lolailos, nacos, *rockers*, *skinheads*, *heavys*, raperos, electros, rastas, frikis, *otakus*, etc, no son ya más que cáscaras vacías, formas de experimentar la realidad que terminan borrando la identidad personal, estilos de consumo diseñados en condiciones de laboratorio y ajustes del mercado sobre el nivel intelectual y/o la capacidad adquisitiva de los distintos segmentos sociales. Expresiones de una postmodernidad de signo reaccionario, inscritas en las dinámicas *neocon* y en el desprecio de las prácticas más connotadas políticamente.

Creo que es hora de responder a la pregunta que dejamos abierta más arriba. La disidencia es rechazada porque esa es la lógica de la supervivencia de todo sistema cultural, todo en el sistema conspira para su autopreservación, y lo que no puede ser incorporado, es invisibilizado, castigado o es sencillamente eliminado. Después de la II Guerra Mundial la consigna de la civilización occidental ha sido la de conseguir una sociedad aséptica, y a pesar de que los movimientos

sociales alternativos siguen siendo la expresión de los persistentes síntomas de un contagio, qué duda cabe de que estos han sido cincuenta años de éxitos absolutos para el capitalismo que, cuando le conviene, se los apropia y falsea, consolidando también con ellos el sistema que atacaron. Sólo insertándose en su base económica buscando, en última instancia, su bloqueo y su inoperatividad, será posible demoler el sistema capitalista, pero para eso, los jóvenes, las minorías raciales, las feministas y los homosexuales deberán mirar para otro lado, para el lado de su función de clase, y pensar que, por encima de estas diferencias, es desde su papel como productores y obreros desde donde será posible sacudir al capitalismo un golpe definitivo y mortal.